

EL CABALLERO ZIFAR

6º, 7º

El Libro del caballero Zifar (originalmente Libro del cavallero Zifar) es el primer relato de aventuras de ficción extenso de la prosa española. Fue compuesto hacia 1300, probablemente por un clérigo de Toledo llamado Ferrand Martínez. Combina elementos de la novela de caballerías con influencias francesas, celtas y orientales. Es, sin duda, la primera novela original de caballerías surgida en España.

En los reinos mozárabes, en tiempos remotos, vivía un caballero llamado Zifar. Era hombre de gran valor y de linaje noble, pero una extraña maldición pesaba sobre él: cada diez días se le moría el caballo. Esta desgracia, que parecía insignificante, era en realidad una terrible humillación para un caballero, pues sin caballo no podía guerrear, no podía viajar, no podía ser nada.

Zifar había perdido ya tantos caballos que su hacienda se había arruinado. Su esposa, la reina Grima, y sus dos hijos pequeños, Garfin y Roboán, vivían en la pobreza, y los enemigos del reino se burlaban de él.

Un día, Zifar tomó una decisión. Reunió a su familia y les dijo:

—No puedo seguir así. Esta maldición me persigue, y mientras viva en este reino, no podré escapar de ella. Debo partir. Debo buscar un lugar donde mi desgracia no me alcance.

Grima, que amaba a su esposo con todo su corazón, no dudó:

—Iré contigo, mi señor. Donde tú vayas, iré yo. Y nuestros hijos irán con nosotros.

Y así, la familia de Zifar emprendió un largo viaje, sin rumbo fijo, confiando en que la Providencia les mostraría el camino.

El viaje fue duro y lleno de penalidades. Atravesaron desiertos ardientes y montañas nevadas, cruzaron ríos caudalosos y bosques tenebrosos. Zifar, que iba a pie como un simple peregrino, se sentía humillado al ver a otros caballeros pasar a su lado montados en sus corceles.

Una noche, mientras descansaban al pie de un árbol, ocurrió una tragedia. Una leona, hambrienta y feroz, salió de entre la maleza y, en un instante, se llevó al hijo mayor de Zifar, el pequeño Garfin, que se había alejado unos pasos para recoger frutas.

Grima, al ver a su hijo en las fauces de la fiera, lanzó un grito desgarrador y cayó desmayada. Zifar, con el corazón destrozado, quiso perseguir a la leona, pero ya era tarde. La bestia había desaparecido en la espesura.

—¡Garfin! —gritó Zifar, una y otra vez—. ¡Hijo mío!

Pero solo el eco de su propia voz le respondió.

Zifar y Grima, sumidos en la más profunda desesperación, continuaron su viaje. Pero la pérdida de su hijo había dejado una herida en sus almas que nunca terminaría de sanar.

Después de muchos días de caminar, llegaron a una gran ciudad. Zifar, agotado y hambriento, se detuvo a la puerta del palacio del rey para pedir limosna. El rey, al verlo, sintió compasión y lo llamó a su presencia.

—Caballero —le dijo el rey—, veo en vuestro porte que no sois un mendigo común. Decidme quién sois y qué os ha traído hasta aquí.

Zifar, sin revelar su verdadera identidad, contó una historia de desgracias y pérdidas. El rey, conmovido, le ofreció un puesto en su corte como caballero de su guardia.

—Pero, señor —dijo Zifar—, no tengo caballo. Y sin caballo, no puedo ser caballero.

El rey, que era un hombre generoso, le regaló un hermoso corcel blanco y una armadura reluciente. Zifar, agradecido, aceptó el puesto y pronto se ganó el respeto de todos por su valor y su sabiduría.

Pero la maldición seguía persiguiéndolo. Al décimo día de haber recibido el caballo, el animal cayó muerto sin causa aparente. Zifar, avergonzado, fue a ver al rey para devolverle la armadura.

—Señor —dijo—, no puedo aceptar vuestra generosidad. Una maldición pesa sobre mí. Cada diez días se me muere el caballo. Soy un hombre desgraciado.

El rey, en lugar de enfadarse, sintió una profunda compasión.

—No os preocupéis —dijo—. Os daré otro caballo. Y si se muere, os daré otro. Y así hasta que la maldición se rompa.

Zifar, conmovido por tanta generosidad, aceptó. Y durante un tiempo, las cosas mejoraron. Pero la maldición seguía activa, y Zifar sabía que no podría quedarse para siempre en aquel reino.

Mientras tanto, la suegra de Zifar, la reina viuda, que había quedado en su reino, envió emisarios para buscar a su hija y a sus nietos. Los emisarios encontraron a Grima y a Roboán, que se habían establecido en una aldea cercana, y les ofrecieron regresar al reino. Pero Grima, fiel a su esposo, se negó.

—No volveré —dijo— sin mi señor Zifar. Donde él esté, allí estaré yo.

Los emisarios regresaron con las manos vacías, y la reina viuda, furiosa por la negativa de su hija, juró vengarse.

Zifar, mientras tanto, continuaba su viaje en busca de un lugar donde su maldición no pudiera alcanzarlo. Llegó a un reino gobernado por una reina viuda, una mujer de gran belleza y poder. La reina, al ver a Zifar, se sintió atraída por su nobleza y su valor, y le ofreció su mano en matrimonio.

—Caballero —le dijo—, sois un hombre extraordinario. Me gustaría que os quedarais en mi reino y que os convirtierais en mi esposo. Os daré tierras, riquezas y honores.

Zifar, que amaba a Grima con todo su corazón, rechazó la oferta.

—Señora —dijo—, vuestra oferta me honra. Pero ya tengo esposa. Y aunque esté lejos de mí, le soy fiel. No puedo traicionarla.

La reina, herida en su orgullo, montó en cólera y ordenó que Zifar fuera encarcelado.

Pero la suerte de Zifar estaba a punto de cambiar. Un grupo de mercaderes, que habían oído hablar de su historia, llegó al reino y convenció a la reina para que lo liberara. Zifar, libre de nuevo, emprendió el regreso a su tierra.

En el camino, se encontró con un ermitaño que vivía en una cueva. El ermitaño, al verlo, le dijo:

—Zifar, sé quién eres y sé cuál es tu maldición. Pero también sé que estás a punto de encontrar la redención. Sigue tu camino y confía en Dios.

Zifar, animado por aquellas palabras, continuó su viaje.

Finalmente, llegó a la ciudad donde su esposa Grima y su hijo Roboán habían establecido su hogar. El reencuentro fue emocionante. Grima, al verlo, corrió a sus brazos y lloró de alegría.

—¡Zifar! —exclamó—. ¡Has vuelto! ¡Sabía que volverías!

Zifar la abrazó y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la paz volvía a su corazón.

Poco después, Zifar fue reconocido como el legítimo heredero del trono de su reino. La reina viuda, al saber que su hija y su yerno estaban vivos, se arrepintió de su odio y los recibió con los brazos abiertos. Zifar fue coronado rey, y Grima, reina.

Pero la mayor alegría estaba aún por llegar. Un día, mientras Zifar cazaba en el bosque, se encontró con una leona que lo miraba con ojos extrañamente familiares. La leona lo condujo hasta una cueva, y allí, Zifar encontró a su hijo Garfin, que había sido criado por la fiera y que ahora era un joven fuerte y valiente.

Garfin, al ver a su padre, lo reconoció y corrió a sus brazos.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Sé quién eres! La leona me ha cuidado todos estos años, pero siempre supe que algún día vendrías a buscarme.

Zifar, con lágrimas de alegría, abrazó a su hijo y lo llevó de vuelta al palacio. La familia, que había sido separada por la desgracia, estaba finalmente reunida.

Zifar gobernó su reino con sabiduría y justicia. Su hijo mayor, Garfin, fue armado caballero y se convirtió en su heredero. Su hijo menor, Roboán, siguió los pasos de su padre y se convirtió en un guerrero temido por los enemigos del reino.

Y Zifar, el caballero que había sido perseguido por una maldición y que había perdido todo, encontró la felicidad y la paz. Por sus buenas obras y su gran fe, fue conocido en toda la tierra como el "Caballero de Dios".